

La faceta literaria del viajero científico

Desde su umbral, la mirada abarca todo el valle de La Orotava, el mar hermoso de la Tierra! A la izquierda, el grandioso Teide alza, deslumbrante en medio de los cañes, su nevado conito. Rode de afilada lava, arrojados impactantemente, se precipitan desde el cráter y se hincan en Las Cañadas en formas fantásticas. Más allá, en las espesuras laterales, se elevan los elevados bosques de laureles y, a los pies del gigante, las plataneras y los altos penachos de palmeras centenarias cimbran bajo la brisa. [...] Por fin, a la derecha, el velo aculado del mar que parece unirse al infinito azul del cielo por medio de no se sabe qué misteriosa costura (Joseph Pitard, 1906).



Muchos de estos textos nos ofrecen una naturaleza viva y exótica, plagada de detalles o de matices que la hacen insólita y única a la vez. Para plasmar esta singularidad, el viajero escritor elige aquellos momentos del día en los que es especialmente apreciable el carácter cambiante del entorno, como el amanecer o el crepúsculo, y también aquellos aspectos o efectos caracterizados por su condición efímera, como la luz, los colores, los olores, los sonidos y también los silencios.



Sin necesidad de ir más lejos en esas descripciones, uno se da cuenta de que la vista del Teide es hermosa, más que hermosa, sublime! [...] Cuando, entre las resacas rojas del sol poniente, aparece el Pico cortado por una corona de nubes mucho más bajas, así invade un sombrero pueril al sol y la lava que irradia de fuego que se alisa hacia el cielo. Y al amanecer, la admiración se apodera también de nosotros cuando la vemos con un óvalo de nieve, bajo las resacas oblicuas de la aurora, cual cosa de plata brillante (Olaus Murart, 1911).

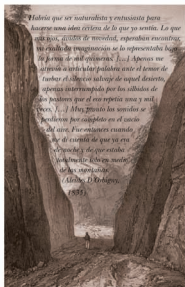
La visión del conjunto de la naturaleza, la comprensión de la acción común de todas las fuerzas, la renovación del goce que la vista directa de las regiones tropicales hace experimentar al hombre sensible, tales son los fines a los que se aspira. Cada uno de estos cuadros debería por sí solo componer un conjunto, y en todos debería expresarse una línea temática uniforme (Alcázar von Humboldt, 1808).

Desde finales del siglo XVIII se hace cada vez más perceptible, en las crónicas de los exploradores, la presencia de un yo confidencial que, sin menoscabo del objetivo científico y el criterio utilitario que guían su escritura, expresa libremente su visión particular de lo vivido. La experiencia del viaje –desde los preparativos hasta su culminación– y, en especial, el encuentro con una realidad distinta despertarían una multiplicidad de emociones que el viajero no podrá –ni querrá– dejar de trasladar al papel.

En esta nueva forma de expresión que intenta conjugar la observación precisa y el análisis riguroso con la visión subjetiva, el autor se sirve de numerosos recursos, tales como metáforas, símiles, personificaciones o descripciones. Pero no siempre esta tarea le resulta sencilla, por lo que con relativa frecuencia reconoce la imposibilidad de traducir con sus propias palabras las reacciones que suscita en él la contemplación de determinados escenarios o la fugacidad de ciertos momentos. Ello le lleva a acudir a un lenguaje que privilegie la percepción sensorial y en el que predominen –sobre todo cuando se enfrenta al paisaje– el símil visual y el lenguaje pictórico. Todo ello puede explicar títulos tan ilustrativos como Cuadros de viaje, Cuadros de la Naturaleza, Viaje pintoresco, Estampas, Impresiones...



Los barrancos, áridos y profundos, las zonas boscosas, la exuberante vegetación, los parajes volcánicos, las elevadas cumbres y las recortadas costas, pero, en particular, el Teide, rodeado de su eterno mar de nubes, dan lugar a algunos de los pasajes más líricos de los relatos.



Hubiera que ser naturalista y entusiasta para hacerse una idea cierta de lo que yo sentí. Lo que yo digo, ¿cómo lo recordará, responderá a mi gusto, mi modo de imaginación se lo representará luego de forma de sus palabras. [...] Apenas me refirió a una gran palmera entre el bosque de los árboles el silencio salíste de aquel desierto, apenas interrumpido por los silbidos de los pajaritos que el era repetía una y mil veces. [...] Muy pronto las serenas se perdieron por completo en el vacío del cielo azul. Fue entonces cuando me acordé de cuenta de que yo era extranjero y de que estaba en un mundo diferente, mundo de las maravillas (Alcázar, D. Erasmus, 1801).



La experiencia del viaje convierte, así, al científico en un escritor preocupado no sólo por lo que transmite, sino también –y esto es lo novedoso– por la forma en que traslada sus vivencias, que confiere al texto un indiscutible valor estético.

Frente a las desiertas islas más meridionales de las islas de las Mascayas perdidas de las islas de las Mascayas, las islas que forman el archipiélago de Canarias (Louis Protosy y Charles Joseph Pitard, 1906)

